

3 los medios bio-físicos de objetivar esos significados.

- 3º Que se considera útil hacer un esfuerzo para clasificar los sistemas socioculturales, y que se ha comenzado ya por distinguir entre los sistemas propiamente tales y las congeries socioculturales, reconociendo, correlativamente, que cada uno de ellos requiere diferente método de estudio e investigación.
- 4º Que ninguna teoría importante puede ser puramente abstracta y desprovista de contenido empírico, ni mera colección de hechos que carezcan de explicación adecuada.

Sorokin encuentra, también, que aunque divergentes en sus errores, las diferentes teorías son convergentes en el acierto. La conclusión es —claro está— excesivamente optimista, pues la simple convergencia no es garantía de acierto, y la divergencia tampoco equivale, de por sí, a error. O sea, que es indispensable examinar esas concordancias y discrepancias *no sólo* a la luz de su múltiple congruencia sino a la que arroja la rigurosa confrontación de todas ellas con los hechos. El consenso da una *presunción de acierto*, pero no la garantiza.

Tanto este trabajo (como toda la sección consagrada al estudio de la "Unidad y Diversidad en Sociología"), desemboca con lo que sería una profecía, a no ser que se reconozca en ella algo de la previsión científica (por cuanto se asienta en un estudio de los ciclos del conocimiento sociológico que se han producido en el pasado), Sorokin considera, en efecto, que si el período 1925-1966 ha sido para la sociología un período de análisis, hay que esperar que el período próximo (que puede haberse iniciado ya, que se inicia ahora, o que no tardará en iniciarse), será época de grandes síntesis, co-

mo lo fueron la segunda mitad del xix y los principios del xx.

Esperemos que la previsión se realice y que en el futuro sea, en proporción, mayor la unidad que la diversidad que prevalezca en el campo sociológico. (O. U. V.)

J. L. Courchet y P. H. Maucorps, avec la collaboration de J. G. Maucorps et J. P. Pétard: *Le Vide Social* ses conséquences et leur traitement par la revendication. Recherches biologiques et sociologiques. Preface de Roger Bastide. Mouton & Co. Paris. La Haye, 1966. pp. 208.

Este es de esos libros de los que es esencialmente difícil dar una idea adecuada. Quizás dependa ello, medularmente, de su materia: el vacío social. Con todo, hay dos o tres elementos circunstanciales que contribuyen —también— a explicar esta dificultad. El libro tiene mucho de lo extraordinario: 1º en cuanto *no* nos entrega el producto acabado de una investigación sino unas primeras aproximaciones a un problema que se niega a la captación y 2º en tanto que responde a un tipo particular de colaboración interdisciplinaria, en que los colaboradores no se han dividido el trabajo en forma mecánica, sino que han interactuado, y han dejado que sus disciplinas interactuasen dialécticamente entre sí. En medida no menor, su dificultad estriba en que, aunque se basa en investigaciones muy concretas, y está ilustrado por cuadros, esquemas y gráficas, su presentación es aún reflexiva y discursiva más que descriptiva y conclusiva.

Roger Bastide, el prologista —conocido por tantas obras sobre la sociología de las enfermedades mentales— ha podido ver las dificultades intrínsecas de la obra, y las que —al enfrentársele— encuentran reseñadores y críticos; en efecto, para ser justa, la rese-

ña de un estudio interdisciplinario debiera ser —ella misma— fruto de un interdisciplinario esfuerzo de captación; o sea que, en el caso, debiera haber, al menos, de este lado, un sociólogo y un psiquiatra, que, desde sus posiciones respectivas, evaluaron la obra y sometieron a mutua crítica sus evaluaciones de este material complejo.

Porque, si bien hay los antecedentes de Hollingshed y Redlich, de Kardiner y Linton, en esos casos, la colaboración del psiquiatra y el estudio de la sociedad se estableció en dos niveles, ya que mientras uno proporcionó el material, el otro trató de interpretarlo, en tanto en éste, el nivel fue único. La colaboración ha sido —aquí— más estrecha: el hallazgo de uno, lo ha visto surgir el otro, que estaba ya dispuesto —con su instrumental— para captarlo; la captación del otro —a su vez— ha estimulado al primero para realizar un nuevo designio experimental, y —en tal forma— el mismo registro de resultados que es el libro no tiene un punto final, sino unos puntos suspensivos.

La colaboración (a este nivel), se encamina, conforme indica Bastide, a la captación *total* del hombre, propugnada por Mauss y, en este mismo sentido, el método —aunque a nuestro modo de entender se encuentre aún *status nascendi*— ni es múltiple ni resulta de la mezcla de varios, sino es único también.

La mención de Mauss —y por su intermedio, de la escuela sociológica francesa— evoca una tradición en la que este esfuerzo trata de insertarse. Y esto también se manifiesta cuando los autores reconocen que Halbwachs —eminentísimo miembro de esa escuela— en sus *Causes de Suicide* “había percibido el vacío social, pero en el contexto de una tesis muy general”. El trabajo de ellos —por su parte— “se esfuerza por apegarse a lo concreto”.

La vocación de Halbwachs se refuerza en cuanto, en el momento de los hallazgos, encuentran Courchet y Maucorps una correlación significativa entre el suicidio que aquél estudió y la inanimación que a ellos interesa. Lo concreto a que se apegan está dado por el grupo de psicóticos que examinan y cuyo vacío social descubren.

¿Qué es ese “vacío social”? Bastide prefiere empezar por decir lo que *no* es (“ni la enajenación en sentido marxista, ni la explotación de una clase por otra”), para en seguida subsumirlo en una caracterización genérica (“fenómeno de carencia”), y sin recurrir a “diferencia específica”, mostrar su posible, su casi indudable génesis (como “fruto de la indiferencia de la sociedad frente a ciertos individuos”).

Los autores —Courchet, Maucorps— siendo, como son, más ceñidos, muestran qué es el vacío social, pero lo hacen en términos que —sin proponérselo— son más dramáticos aún. Para ellos, el “vacío social” no se confunde con la “frustración”, pues ésta “deja el espíritu de su víctima ocupado por la conciencia que de ella tiene y, por consiguiente, no es, como el vacío, productor de aniquilamiento psicológico”. Por alusiones que ellos mismos hacen, ese vacío nos parece emparentado —desde el lado de lo científico— con la “nada” de la filosofía existencial (especialmente sartriana).

En la proximidad de estas concepciones, lo que en el texto tiene apariencia de galimatías, se aclara y adquiere pleno relieve. Con la introducción de unos subrayados, dice: 1º que el vacío social es ruptura de transmisiones sociales; 2º que es *desconocimiento* de esa ruptura por la sociedad y 3º que en razón de este desconocimiento, es frustración *no formal* —la peor, la sola enajenante—, y al fin de cuentas, es productor de inhibición.

Pero esto aún no es todo. El *vacío social* (único término que siendo cen-

tral no está incluido ni definido en el glosario final), muestra toda su gravedad en cuanto se le distingue, se le relaciona y se le separa del “aislamiento social”. El sociólogo del aislamiento social —conforme señalan los autores, en su lenguaje a veces fantasmal— compara espacios, descubre zonas distintas, que son homogéneas sólo en cuanto en ellas domina la falta de información; en cuanto en ellas hay secreto (como que “El Tormento del Secreto” es otro título sintomático de nuestro tiempo). Para el aislamiento social, “lenguaje” y “silencio” se dan en relaciones *cuantitativas*; el vacío social —en cambio— los conjuga en relaciones *dialécticas*, y los coloca *no* en el marco del espacio y del tiempo, *sino* en el de la “duración” bergsoniana. Hay, en esto, inhibición recíproca, pues “la inhibición se puede engendrar en el curso de interacciones (que se producen), no en el nivel de los individuos sino en el de los subgrupos sociales... y ésta es reversible (inhibición recíproca debida al malestar experimentado, que determina el olvido)”.

Tres elementos llegan a configurar, así, el vacío social:

- 1º la inhibición del yo,
- 2º el desconocimiento de esa inhibición por los demás,
- 3º la organización social de ese desconocimiento.

Es aquí donde tiene su sitio, de pleno derecho, la estimación de la gravedad de ese vacío, pues esa conservación y organización de la inhibición recíproca “hace que se fundan los intermediarios y los vectores de la información; que se automantenga y se autodesarrolle, y que conforme más se extiende, menos ofrece signos positivos que puedan denunciarlo”. O sea que, si dramatizáramos un poco, podemos decir: que el vacío social *no* es una de esas enfermedades espantosas

cuyo avance es visible; que sí es —en cambio— una de esas otras, que no delatan sus progresos, que minan silenciosa, lenta, pero seguramente, al organismo, y que cuando se manifiestan matan al enfermo sin remedio; sin darle oportunidad de defenderse. Como que, en este caso, el vacío social socava, arteralmente, la sociedad. Los socioterapeutas —no hay que decirlo— desatienden un mal como ese, preocupados como están por combatir otros que son más evidentes, pero que quizás sean menos mortíferos.

Pero, aunque la presentación de Courchet y Maucorps y nuestros mismos subrayados hagan parecer que su esfuerzo se mueve en un nivel filosófico-social, las referencias son —como afirman— mucho más concretas y —con pie en lo concreto— sus sugerencias terapéuticas también lo son.

Estos estudiosos han tomado como sujeto de observación y experimentación a un conjunto de enfermos mentales, afectados por un tipo de psicosis; los han estudiado psiquiátricamente, los han caracterizado sociológicamente, y han encontrado: 1º que había, generalmente, entre ellos: dispersión de individuos aislados en las grandes propiedades rurales o en los barrios fabriles de las ciudades pequeñas; falta de intercambio afectivo de los solteros, de quienes carecían de hogar, de conversación local, de charla de café, de deportes o folklore; falta de intercambio social, por inexistencia de sitios y motivos de reunión; 2º que dominaba su vida un anonimato de las cosas del trabajo, de los patrones mismos (que no necesitan vigilar para enriquecerse, pues ya son ricos); un anonimato de los hombres todos; una indiferencia social. La falta de escolaridad, la dependencia de las reacciones humorales de otros, el abandono por los demás, se encontraron siempre en la base de la inanimación: esta inanimación “es —como señalan los autores— la marca,

en el hombre, de la indiferenciación social”.

Frente a esa inanimación (dimensión individual), esa forma de vida desanimante (dimensión institucional), esa inhibición (dimensión dinámica), puestos en función terapéutica, los experimentadores buscaron: 1º el entrenamiento para la empatía (que Maucorps ha estudiado en tantos libros), definiéndola como empeño de participación; 2º la “apetoterapia” (filiada en Sivadon), y 3º la medida biológica de los grados de inhibición y desinhibición del sujeto.

Si “vacío social” es concepto clave de este libro, no lo es menos “apetoterapia”, el concepto de que, para combatir el vacío social, se necesita que “una opresión social sufrida en silencio sea redramatizada por las víctimas” No se trata sólo de librar de la ociosidad a los enfermos —como se hacía antes—, se trata de que la acción parta de ellos, y se convierta, en cierto modo, en una *reivindicación* de sus derechos *como seres humanos* más que como entidades políticas o sujetos jurídicos (*su derecho a la convivencia*, derecho primario entre todos los demás). El enfermo sufre, no sabe que sufre, y acaba por olvidarlo, pero la socioterapia libera la revuelta *al evocar una frustración sufrida y olvidada*. La apetoterapia —como señala Sivadon— “busca despertar la agresividad dormida” Con ello, quizás se justifique a quienes piensan que en muchas sociedades el gran problema no está en “amansar” a los agresivos que canalizan mal su agresividad, sino en “despertar al toro de lidia y al semental en quienes ya se conforman con ser simples tirones de arado”, conforme a expresiones que evocan ideas de Ortega y Gasset, quien decía que la Humanidad quizás necesitara más que un código nuevo de deberes, un nuevo programa de *apetitos*.

Volvemos a Roger Bastide, y a estas

palabras suyas —tan próximas del “para nacer es menester romper un mundo”, de Hesse—, con las que describe bien esta forma de acrisolamiento social:

“Es necesario pasar por los fantasmas de una sociedad destructora y despedazadora para poder volver a encontrar a los otros bajo la forma de *alter ego*; hay que experimentar sus fuerzas en la lucha para aceptar la comunicación con el mundo.”

Sólo nos queda desear que, en un ulterior intento, Courchet, Maucorps y sus colaboradores encuentren no sólo el método adecuado de investigación sino el modo más preciso y elegante de exponer un proceso indagatorio tan complejo y delicado como éste (en el que intervienen la definición, la argumentación, la prueba experimental, la crítica...), a fin de que logremos aproximarnos, con ellos, al conocimiento de esta angustiada “nada sociológica” —tan difícil de estudiar científicamente— que es el vacío social. (U-V).

Bryan Magee: *One in Twenty*. A study of homosexuality in men and women. Secker & Warburg. London 1966, pp. 192. 1a. Impresión: Marzo; 2a., abril.

Magee no trata de pasar —en este libro— por un hombre de ciencia: afirma, desde el principio, “I am a reporter” y agrega “not a research worker” Pero, si no por el rigor técnico que se exige del investigador, sí por la orientación general que le llevó a recoger ciertos materiales, se aproxima más a quien investiga que a quien escribe gacetillas. Esto no impide que, aunque trate de pasar por objetivo —pues de él se dice que sólo narra, describe, ilustra— en el fondo, su mero anhelo iluminador le lleve, a veces, más allá de la objetividad escueta, y convierta su libro en un alegato. Es